

Tununa Mercado, escenas de escritura

10.04.2026

Especial para Tierra Media

Marcelo Casarin



Tununa Mercado (ph: Blog de narradoras argentinas)

Hace unos años, al leer *Yo nunca te prometí la eternidad* (2005) dije que los libros que lo antecedían, de alguna manera, lo prefiguraban; y que **Tununa Mercado**, era precursora de sí misma y que luego de leer ese libro volveríamos a sus textos anteriores para leerlos con nuevos ojos.

Esa afirmación tenía sentido, al menos un sentido: *Yo nunca te prometí la eternidad* era para el lector que fui entonces una especie de *summa* narrativa que expandía, que

ponía en acto, buena parte de las maniobras narrativas que los libros primeros insinuaban o desarrollaban fragmentariamente.

No estoy de acuerdo con esto, disiento conmigo mismo. Podría pensarse exactamente al revés: cada uno de los libros de Mercado inventa un nuevo horizonte narrable y no tiene conexión alguna con los anteriores, excepto, claro, la impronta escritural de la mano que la guía, la voz o el estilo, evanescentes entidades de las que es imposible hablar si uno pretende estar en sus cabales.

He tratado de pensar en el itinerario escritural de Tununa y no he podido desentenderme de las sensaciones imaginarias que sus textos me despiertan: ocupada en escribir o finalizar la redacción de *Celebrar a la mujer como a una pascua* (1967), seguramente se levanta de su escritorio, mira a su alrededor y descubre un sinnúmero de acontecimientos mundanos que llaman su atención y no vuelve hasta varios años después con otra urgencia entre manos: *Canon de alcoba* (1988). Leo:

"Palabra donde todo es posible, la excrecencia, la mutilación, el haz y la desintegración, el edificio y la ruina, el crecimiento y la regresión, la abundancia y la sequía. Palabra que decae, enferma hasta la extinción y, de pronto, renace, como el amor udrí se reproduce, reptar, avanza, se tensa en su urdimbre para recibir todas las luchas y acoger todas las tramas." (Canon..., pp. 159-160).

Qué son estos textos que retuercen la lengua y que van de la narración a otras tramas indefinibles que lían el lenguaje con las cosas de una manera inextricable... No sabemos. Decimos que es la autora de textos singulares por molición o impericia crítica.

Luego viene otro largo silencio, o aparente silencio de libros. Pero hay un texto que se está escribiendo o unos textos, no sabemos. Nos enteramos que funciona a desafíos, lo dice, como si la caldera de su locomotora requiriera que le echen carbón u otro combustible, alguna sustancia externa que sirva de motivo, de estímulo, de pócima energizante, de movilizador reto.

Son los textos de *La letra de lo mínimo* (1994) y de *Narrar después* (2003): pequeñas joyas engarzadas en dos piezas-libro de orfebrería única, de plateresca conformación: piezas maestras, poéticas, políticas; palabra tomada para celebrar: hombres y mujeres, artistas, mártires, amigos; palabra tomada para conmemorar: para dar cuenta de los que se fueron, de los que se están yendo, de los que están porque han sabido resistir. Palabra resistente la de estos textos: textos de la resistencia que son más poemas que panfletos, más poemas que otra cosa, aunque tomen la apariencia de relatos, de ensayos. Leo:

"Yo pulso las teclas y digo yo sobre la línea, pero casi instantáneamente ese yo es otra, no la que se inclina meramente sobre el teclado y ejecuta con sus dedos la acción sino la que escribe, y también otra u otro depositado en una persona escrituraria —yo, tú, ella, él— y todavía otro más en la materia escrita y separada o salvada de esos desdoblamientos, apariciones y desapariciones." (La letra de lo mínimo, p. 25)

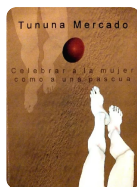
Autobiografía, intimidad, escritura del yo, extimidad, son algunos motes que hemos sabido aplicarle a la chúcarica escritura de Mercado: cuando parece amansada a nuestra voluntad lectora, corcovea y nos hace perder los estribos. El yo de Mercado es un yo plural que se expande en nosotros. *La madriguera* (1996) y en *Estado de memoria* (1990) son casi una serie, podrían serlo, pero es una serie interrumpida que no se deja seriar.

Le pregunté a Tununa sobre la escena de escritura en la que le gustaría verse y respondió: "La escena soñada sería una mesa cuadrada en el jardín de un bar, bajo un árbol frondoso, lejos de los reflejos del sol, una buena silla y una computadora de pantalla generosa. Hay espacio para una taza de café, agua, unos chocolates, varios, para sumergirlos en la taza. Entrecierro los ojos y comienzo a escribir, concentrada como nunca antes. Nada perturba, nadie llama, sólo estoy allí para escribir. Un sueño."

Leamos:

"Finalmente una confesión que quiere ser honesta: después de medio siglo de frecuentación de la casa, el escenario, los jardines del frente, y los patios traseros de la literatura, me doy cuenta de que allí no rige para mí un contrato de propiedad o de pertenencia. Escribo acompasadamente, casi siempre, hasta ahora, con materiales que han surgido de historias heredadas por gente que considera que yo tengo que contarlas. Recojo esos legados y los escribo a la par, como si los completara. A veces son mis propios legados. Es decir, atesoro objetos, presencias, relatos inconclusos, los escucho, los sufro, los sueño y escojo el que me produce ese imponderable deseo de responder a su llamado: Escíbeme." ["Cuando era chica yo copiaba" (<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/issue/view/1190>), en Estudios n° 16, 2005.]

Disciplina y contracción al trabajo son exigencias del mercado editorial, tanto como la sujeción a los géneros, a los formatos establecidos: en lo que va de *Celebrar a la mujer como una pascua* hasta *Yo nunca te prometí la eternidad* vemos una escritora desentendida de la plusvalía editorial. Da la sensación de que no le importa lo que ha escrito, le importa lo que está escribiendo o está por escribir.



Marcelo Casarin

Exploraciones →
